



ANTONIO BASANTA REYES

Director general
Fundación Germán Sánchez Ruipérez

EL DERECHO A LEER

La desaparición del límite de descuento en los libros escolares ha hecho saltar las señales de alarma. Y, con ello, el sector del libro y la librería, estratégico para la cultura española, ha hecho públicas sus fortalezas, debilidades, necesidades y carencias. Porque, si bien es cierto que pocos sectores en la cultura española pueden disputarle al libro y su entorno su papel primacía, no es menos cierto que, especialmente en los últimos años, comienzan a ser preocupantes las señales de un cierto debilitamiento; y, más aún, cada día son más evidentes sus fragilidades estructurales, de entre la que se me antoja como más importante es el lentísimo crecimiento de los índices lectores, que trunca la tendencia esperanzadora observada en los últimos años.

Y es que, en pleno siglo XX, España tuvo que acometer la alfabetización masiva de la población. Una cuestión que otros países resolvieron hace décadas, si no centurias, pero que en España, por razones políticas, sociales e incluso religiosas, presentaba un panorama ciertamente desolador. Tan sólo a partir de los años setenta, y a impulso de la Ley General de Educación Básica, la popularmente conocida como ley de Villar Palasí, logramos extender la escolarización a la práctica totalidad de la población infantil y juvenil y, por tanto, establecer las bases para que las nuevas generaciones pudieran gozar de una relación estable y frecuente con el libro y la lectura. Y, ciertamente si bien una parte significativa de ellos lo logró, la gran mayoría ha continuado manifestando una atonía preocupante. Treinta años más tarde de la mencionada reforma, a la que décadas después se sumaría el aporte sustantivo de la LOGSE, la situación de la lectura de nuestros niños y jóvenes presenta un perfil inquietante. En las diferentes encuestas realizadas se comprueba que la lectura ocupa un espacio mínimo entre sus hábitos culturales, situación que explica el nivel

de sus índices lectores, tan lejos de cualquier otro de nuestro entorno que ni siquiera la comparación tiene sentido.

Por tanto, algo muy grave está ocurriendo, y, más aún, en algo importantísimo estamos equivocándonos. Si nadie niega a la lectura su insustituible función en la mayor parte de los aprendizajes; si, en los últimos tiempos además, ha incrementado su valor como factor decisivo en la nueva sociedad de la información, que la lectura en la escuela sea un práctica residual, es síntoma patético de su fracaso. Y es que hemos de realizar una auténtica revitalización de la lectura en la escuela, planteando la revisión de la totalidad de los principios y prácticas al uso: desde la edad en que los niños aprenden a leer - ¿por qué esa tendencia al retraso en este aprendizaje, cuando los niños pueblan de imágenes procedentes de la cultura audiovisual el espacio que deberían ocupar conjuntamente las palabras? - al sentido que la lectura adquiere en los programas; de la necesaria coordinación entre todas las áreas y materias - ¿se puede seguir sosteniendo que la lectura es sólo responsabilidad del profesor de lenguaje? ¿Acaso leer no es fundamental para cualquiera otra de las asignaturas, y, en el futuro, de cualquiera de los desarrollos profesionales? - al valor que los libros y lectura alcanzan en las diversas programaciones y estrategias pedagógicas. Del descubrimiento del disfrute de la lectura, que no está reñido con el necesario cultivo de la atención, el esfuerzo y el diálogo interior, - tan necesarios en la sociedad actual, - a la dotación, antes aún, existencia, de las bibliotecas escolares o, como prefiero denominarlas, de las bibliotecas en la escuela, lugares abiertos al conocimiento y disfrute del conjunto de la comunidad, epicentro del ciclo de aprendizaje, espacio para el descubrimiento y la consulta. En suma, recinto y práctica desde la que descubrir la particular mirada lectora de cada cual, sin la que la formación del hombre queda definitivamente incompleta.

FORO DE REFLEXIÓN

Se entiende con dificultad que la sociedad española haya realizado, incluido el correspondiente sacrificio económico, el extraordinario esfuerzo de escolarizar a la totalidad de su población y que, como contrapartida, obtengamos tan desconsoladores resultados, al menos en términos lectores. Cuando los deberes se convierten en el principal obstáculo para la lectura, algo va mal en la escuela. Cuando la recomendación de un profesor apenas cuenta a la hora de que nuestros hijos escojan un libro, algo va mal en la escuela. Cuando los alumnos declaran que casi nunca hablan en clase de los libros que leen, o que apenas participan en la elección de las lecturas recomendadas; cuando más del 70% entrevistado manifiestan que les encantaría tener más tiempo en clase para leer, que a la gran mayoría le gusta leer, y que sin embargo los horarios, las clases y los programas ahogan sus deseos, algo va realmente mal en nuestra querida, y por otras tantas razones admirable, escuela. (Datos extraídos de la Encuesta de Hábito Lector realizada en el curso 1999-2000 por la Fundación Bertelsmann, entre más de 2000 alumnos, de toda España de educación Primaria y Secundaria).

He aquí un aspecto fundamental para la reflexión y el cambio. Máxime cuando la mayor parte de los docentes, a los que tanto debe la sociedad española, manifiesta una actitud favorecedora y convencida. Eliminemos las trabas, desburocratemos la escuela, reforcemos su función eminentemente educadora, apliquemos las medidas correctoras y, estoy seguro, los resultados no se harán esperar.

A la iniciativa privada le ha correspondido secularmente el desarrollo del territorio editorial y librero en España y ciertamente, en términos generales, lo conseguido no deja de ser verdaderamente admirable. Pocos países como el nuestro con semejante oferta bibliográfica – somos el tercer

“

Y es que hemos de realizar una auténtica revitalización de la lectura en la escuela, planteando la revisión de la totalidad de los principios y prácticas al uso

”

país productor de libros en Europa y el quinto del mundo, - con semejante variedad y calidad en cuanto se produce, con un crecimiento tan sostenido en número de títulos y un equilibrio razonable entre las diversas tipologías editoriales. La cultura española debe todavía, a editores y libreros, el sincero reconocimiento de lo que su labor merece. Pero también tales agentes culturales pueden hacer mucho más en pro del libro y la lectura. Cuando en el año 1992 me correspondía intervenir en la sesión que la Unión Internacional de Editores, en su Congreso de Nueva Delhi, celebró sobre el fomento de la lectura desde el área editorial, me atrevía a afirmar que la responsabilidad de los editores no termina con la creación de más y mejores libros, sino que es necesario que se extienda a la creación de más y mejores lectores. Y los modos pueden ser bien diversos: de una parte, con la realidad de sus catálogos, aspecto



La cultura española debe todavía a editores y libreros el sincero reconocimiento de lo que su labor merece. Pero también tales agentes culturales pueden hacer mucho más en pro del libro y la lectura



éste irreprochable en la edición española. De otra, con el esfuerzo de hacer asequible su oferta al lector (el precio medio del libro en España es extraordinariamente atractivo). Por último, favoreciendo el desarrollo de iniciativas a favor de la lectura, aspecto éste en que, por utilizar lenguajes docentes, el sector "necesita mejorar". Me declaro poco partidario de aquellos esfuerzos que sólo se sostienen en campañas mediáticas, más o menos afortunadas, siempre de carácter efímero. Y sí decididamente partidario de las acciones de fundamento; aquéllas que dejan un poso específico y estable y que se realizan a lo largo de los años. Pocos esfuerzos, en términos de satisfacción y

rentabilidad, tan señalados como éste podrán realizar libreros y editores: implicándose en las jornadas que por toda España se extienden, apoyando el desarrollo de asociaciones en pro del libro, incrementando el número de fundaciones, como lo son la Fundación Bertelsmann o la Fundación Germán Sánchez Ruipérez, dedicadas al libro y a la lectura... El particular matiz práctico de editores y libreros pondría además un punto de aplicabilidad y rendimiento a muchas de las acciones que se desarrollan y así hará más alcanzables las metas propuestas.

Y finalmente, la Administración. A ella le corresponde un papel primordial. Al menos en dos direcciones concretas: la creación y mantenimiento de una tupida y bien atendida red de bibliotecas —incluidas las bibliotecas en la escuela— y el desarrollo de cuantas medidas sean necesarias para que cualquier ciudadano pueda ejercer su legítimo derecho a la lectura.

Injusto sería no reconocer el esfuerzo que, desde hace al menos diez años, se ha venido realizando en la renovación y fortalecimiento de la red de bibliotecas públicas, tanto las dependientes de la Administración Central o de las Comunidades Autónomas, como las importantísimas, por cierto, bibliotecas municipales. Así se refleja en las conclusiones previas que el estudio central del Plan de Impulso de la Biblioteca Pública arroja. Nunca España ha tenido una red bibliotecaria pública como la de hoy. Y la tendencia sigue creciendo hasta el punto que la Biblioteca Pública se erigirá como un nexo imprescindible entre el ciudadano y las fuentes, en esa relación que la sociedad de la información demanda. Pero, reconociendo lo ejecutado, es importantísimo que el esfuerzo se mantenga. No olvidemos que, por citar tan sólo una referencia, que, mientras en Francia la inversión en adquisición de fondos para las bibliotecas, por habitante y año, se sitúa en torno a las 331 pesetas, o en 621 en el Reino Unido, en España apenas alcanzamos las 77.0 que mientras los gastos

anuales en compra de fondo nuevo en Alemania son de 13.000 millones de pesetas, en Francia de 19.000, o en el Reino Unido de 36.000, en España apenas alcanzamos los 3.000 millones. Datos que creo expresan con suficiente rotundidad lo mucho que aún queda por realizar.

Pero, además hay sectores donde la labor es urgentísima. Las bibliotecas escolares, o la biblioteca en la escuela, como ya advertimos líneas atrás, sigue siendo un territorio casi desértico, de inexplicable inexistencia, si no queremos argumentar razones inconfesables. No se entiende lo que ocurre. Existen suficientes diagnósticos, sobradas conclusiones y propuestas -valgan como muestra las alcanzadas en el Encuentro Nacional de Bibliotecas Escolares que, organizados por el Ministerio de Educación y Cultura y la Fundación Germán Sánchez Ruipérez se celebró en Madrid, en 1997 - y con una inversión perfectamente posible... Porque la biblioteca en la escuela no requiere de gigantescos presupuestos, ante bien, con una inversión dotacional inicial en torno a los cinco millones, para adquisición de fondo, y un mantenimiento, en torno al millón anual, podríamos disponer de bibliotecas actualizadas y dinámicas, a cuyo frente, eso sí, debe siempre figurar un profesional capacitado.

Pero a la Administración, además, hemos de exigirle dos compromisos fundamentales: la permanencia en el esfuerzo y la elaboración de una programación a corto y largo plazo, lo que no siempre se compadece con los plazos electorales y la forma de desarrollar los compromisos políticos. La causa de la lectura en España es, o debe ser, desde mi punto de vista, una cuestión de Estado, un objetivo consensuado entre todos los partidos, un esfuerzo que no puede estar sometido a los vaivenes de los procesos políticos y que debe asentarse en la perseverancia. Conseguir que un hábito cultural enraíce en la comunidad

exige tenacidad... y la alianza del tiempo. Poco, cuando no contraproducente, se conseguirá en el corto plazo; mucho, en el medio, en el largo. Y para ello hay que disponer de los recursos económicos necesarios. Porque éstos son tan básicos como reveladores de la autenticidad del esfuerzo. En cualquier acción en pro de la lectura podríamos formular tres sencillas preguntas que nos darían, en su respuesta, la longitud de onda de lo que se pretende: a quién va dirigida, por cuánto tiempo se extenderá la actividad y cuáles son los recursos que la soportan.

Recientemente la prensa publicaba algunas cifras, en este sentido, sobradamente expresivas: En el Reino Unido se emplearon el pasado año 20.000 millones de pesetas para la consolidación de su plan lector -y no olvidemos que parten de índices de lectura muy superiores a los españoles-, después del éxito de su Año de la Lectura, celebrado en 1998 - 1999 ; en Francia, la cantidad es aún superior. ¿Y en España? Se anuncia la puesta en marcha de un Plan Nacional de Lectura, que desde luego aplaudo y celebro. Pero se afirma que la cantidad asignada es de 10.000 millones a cuatro años. ¿De verdad que podemos considerarla suficiente? A todas luces, no, y sólo me cabe la esperanza de que la cifra pregonada sea un mero punto de partida. Y que, sin duda el esfuerzo más sólido de cuantos la Administración ha realizado en los últimos años a favor de la lectura, supere semejante límite presupuestario. Y se ajuste a las necesidades de un país como el nuestro, con tan graves carencias lectoras, pero al mismo tiempo con tantas posibilidades de crecimiento.

Porque España necesita y merece convertirse en un país eminentemente lector; erradicar esa tradición tan contraria al libro y la lectura y abrirnos definitivamente a un uso cultural básico para la sociedad actual. Una tarea tan urgente como posible.